

N. D. Este artículo es un fragmento de la ponencia del autor presentada en el 1er. Simposio Centroamericano «El Milagro Económico: ¿Mito o Realidad para Centroamérica?», que se llevó a cabo el 12 de mayo de 1987. El Dr. De La Torre es director de la Escuela Superior de Ciencias Sociales de la Universidad Francisco Marroquín, de Guatemala.

Las pretensiones del Desarrollo

Por: Armando De La Torre

La idea del «progreso» es un tema más bien filosófico; pero el concepto de «desarrollo» es algo mucho más pegado a la tierra de los intereses, creados o no, del diario sobrevivir. Es decir, el progreso puede ser una esperanza para la que en teoría podemos acumular ciertas garantías de las que siglos antes carecíamos; pero el desarrollo es un esfuerzo, muchas veces implacable, por apropiarnos con firmeza de esas garantías de la esperanza, en favor de **todos** los grupos sociales. De los dos ideales, progreso y desarrollo, es este último el más reciente, tan reciente que se puede aventurar que es un fenómeno típico del siglo XX.

Es verdad que esquemas redistribuidores de lo ganado y acumulado por un pueblo son tan antiguos como las sociedades organizadas políticamente en Estado.

Pero los «modelos» de desarrollo, como obsesión política planificadora, son una experiencia de los últimos sesenta años y, en nuestra América, muy en particular de 1945 en adelante.

Yo no pretendo tan sólo debatir la validez de políticas concretas más o menos claramente esbozadas para el desarrollo del país, sino también las premisas que llevan a la conclusión de que una planificación del desarrollo es imprescindible si queremos ponernos a la par de las demás sociedades modernas.

Pero antes quisiera recordar que el término «desarrollo», como el del «progreso», es ambiguo, es decir, sujeto en un mismo contexto a diferentes interpretaciones.

De todas maneras, hay ciertos rasgos comunes a todas las pretensiones del desarrollo como producto de un plan o de un programa a corto o largo plazo, entre los cuales emerge eminente el de que el Estado ha de tener un papel preponderante, de lo meramente indicativo a lo totalitario, pasando entre ambos extremos por las numerosas variedades intermedias de las llamadas «economías mixtas».

Para la perspectiva de lo que vamos a decir, ese es el rasgo común más importante en todo desarrollismo: el Estado como el agente principal del desarrollo o, a lo muy menos, el eje a cuyo rededor han de girar las iniciativas de individuos e instituciones.

Comencemos por dedicar un poco de atención a algunos de los modelos de desarrollo que se consideran vigentes por muchos hombres de sólida inteligencia e innegable honestidad, pero con cuyas premisas me hallo en desacuerdo.

Hace poco más de 15 años, un distinguido economista, Harry G. Johnson, definió los «modelos» de desarrollo en dos amplias categorías: los modelos de libre competencia y los modelos de los controles.

Así se expresó: «...El problema consiste en determinar si el objetivo de crecimiento económico se alcanza mejor y más eficientemente a través de una política gubernamental fuertemente centralizada, que vigila y dirige las decisiones de los individuos y las empresas privadas con controles de precios, de importaciones, de decisiones de invertir, etc., o si ese objetivo se alcanza mejor reduciendo la intervención del gobierno lo más posible hasta el mínimo de proveer por una orden legal, defensa contra enemigos exteriores, educación y otros servicios colectivos que el pueblo quiere pero que no le pueden ser provistos en una base puramente privada, mientras se deja el máximo espacio posible para las iniciativas privadas dentro de ese marco común». Esa opinión fue ofrecida en 1971. Ya para entonces era cosa del pasado el «milagro económico alemán»; el verdadero milagro de esos años lo constituía la máquina impresionante de la economía japonesa.

Pero hoy, en 1987, de nuevo «el milagro japonés» también ya es cosa del pasado, en cuanto que para estas fechas ya nos hemos habituado al dinamismo sostenido de su sociedad.

Ahora, la dicotomía más bien se puede trazar por medio de la cuenca del Pacífico entre el desarrollo, rayando en lo fantástico, de Hong-Kong, Taiwán, Singapur y Corea del Sur, y el estancamiento de la mayor parte de la América Latina.

Entre los primeros, el objetivo clave ha sido el crecimiento económico, esto es, el aumento en el tamaño absoluto del pastel, mientras entre nosotros, que hemos copiado ciertos rasgos del Estado providencia de los países nórdicos europeos, el énfasis se ha puesto en la distribución del ingreso.

Esta diferencia de enfoque del desarrollo puede ser un punto de partida útil para explicarnos la desalentadora realidad del desarrollo latinoamericano de los últimos años.

¿Qué pasa?

Entre nosotros, el modo de nuevos impuestos, tasas de interés artificialmente bajas y controles cambiarios, ha sido muy popular; entre los asiáticos exactamente lo opuesto ha sido la norma. Corea del Sur, que es la excepción entre ellos, arroja significativamente la mayor tasa de endeudamiento per cápita.

Entre nosotros, la propia mejora ha sido obtenida con demasiada frecuencia a través del proceso político, en el que un grupo gana a expensas del otro. Entre ellos, cada

mejora se logra a través de los procesos del mercado, haciendo u ofreciendo cosas útiles para otros.

Entre nosotros, una proporción más alta ha ido a la provisión de servicios sociales, y se ha visto (y aún mayoritariamente se ve) a los negocios lucrativos con desconfianza. Entre ellos, el comercio y la producción de bienes y servicios en manos privadas se ha considerado un vehículo esencial y benéfico, a través de los cuales la sociedad alcanza sus mejores objetivos, tanto económicos como sociales. En otras palabras, nos hemos quedado con la vista fija en la redistribución del pastel, para reducir las desigualdades entre quienes lo consumen, mientras para ellos la obsesión ha sido aumentar el tamaño absoluto del pastel.

Algunos van a objetar que he resumido en colores demasiado fijos y contrastantes un paisaje por demás complejo y variado. Pero, aunque este breve ensayo no puede tener el rigor académico de lo que se publica con todo el aparato crítico de monografías doctorales, lo que acabo de expresar capta la esencia de lo que está a debate.

El desarrollo se puede lograr (o por lo menos así se piensa comúnmente) por dos rutas alternas: a) por impuestos altos que financien un gasto público alto de un gobierno grande, o b) por impuestos bajos, en una economía en crecimiento, que financie el gasto público de un gobierno reducido.

La primera ruta es la que siguen ahora hacia su ocaso algunos países del llamado «mundo desarrollado» (como Suecia) y muchos del llamado «tercer mundo»; la segunda es la que hizo de pueblos-pobres pueblos-desarrollados, y que siguen también algunos países, muy pocos, de ese tercer mundo tan llevado y traído por la ideología desarrollista.

Esto es lo mismo que decir que la mejor manera de financiar el desarrollo no es redistribuyendo pobreza, sino por la vía del crecimiento económico, lo que hoy día se consigue más eficazmente a través del atajo del incremento de las exportaciones, (aunque esto no sea el único camino para financiar el desarrollo).

Los nuevos países desarrollados de la Cuenca del Pacífico (Hong Kong, Taiwán, Singapur, Corea) son ejemplos clásicos de desarrollo por vía del crecimiento; en cambio, el estancamiento de la India o de muchos países de la América Latina valen por no menos clásicos ejemplos de subdesarrollo a través de la redistribución de la pobreza.

¿Qué lecciones se desprenden de todo esto para nuestra Centroamérica?

Que nos hemos embarcado por la ruta equivocada, la ruta del estancamiento al estilo sudamericano, que es también la ruta de los impuestos crecientes y del endeudamiento externo al estilo mexicano.

A veces oigo el comentario de que un guatemalteco, o un salvadoreño, o un costarricense, no es un chino o un malayo. ¿Y qué diferencia hace eso?

Todos queremos progresar, todos queremos decidir por nosotros mismos, todos queremos trabajar; pero a los primeros se les ha abierto la puerta amplia de la libre iniciativa y a los segundos se nos ha confinado al callejón estrecho del dirigismo del Estado.

«Cuando el Gobierno quita a los individuos y a las firmas particulares el poder de decisión, los incentivos de producir se entorpecen y se distorsionan; el crecimiento, la productividad y el empleo sufren, el Gobierno deberá promover la acción individual responsable y deberá confiar en la iniciativa del sector privado».

Ronald Reagan, 1987